

# EL VIEJO 'PACTO SOCIAL' DEL LIBRECAMBISMO

PH. D. GABRIEL SALAZAR VERGARA\*

## RESUMEN

La Revista Central de Sociología inaugura, con este número, una nueva sección, en donde recibimos las colaboraciones de aquellos académicos y autores de destacada relevancia nacional en el amplio campo cultural de la teoría social, política e histórica. Esta vez, lo hacemos presentando este artículo de Gabriel Salazar, Premio Nacional de Historia año 2006. Este texto posee una actualidad crucial para la construcción de un debate nacional respecto de nuestra situación social y política, rol insustituible de nuestras Universidades nacionales, públicas y privadas.

El artículo plantea la necesidad de pensar en términos históricos, la presencia social y política de una fusión liberal conservadora, que establecería acuerdos nacionales de gobernabilidad para desarrollar cada una de las globalizaciones, en las cuales se ha visto envuelto el país. En la última globalización, se estaría estableciendo una nueva fusión liberal conservadora, que contendría los consensos necesarios para desarrollar un modelo neoliberal conservador. Desde esta perspectiva, los alcances históricos del artículo, reconfiguran el entendimiento del presente del país, a partir de un análisis crítico.

## DEL VIEJO 'PACTO SOCIAL' DEL LIBRECAMBISMO

**E**stá comenzando a concluir un nuevo gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia. Y se ha dicho a este respecto –es decir: lo han dicho los jefes de esa coalición– que se trata del bloque partidario que más largo tiempo y más exitosamente ha permanecido en funciones de gobierno. Que, por eso mismo, estaríamos en presencia de un hito señero en la historia de Chile.

Si se toman en cuenta los vaivenes y conmutaciones que normalmente ocurren en las democracias parlamentarias, que una coalición de partidos permanezca 15 o 20 años en control del gobierno de la República es, sin duda, un hecho digno de considerar en perspectiva histórica. Aunque, al decir del cientista político Giovanni Sartori, la larga permanencia de una fórmula de gobierno –o, si se quiere, la mera *duración* de un régimen político–, no tiene valor histórico en sí mismo. Es decir, puede que su duración no signifique nada<sup>1</sup>. Sobre todo si, primero, carece por modo de origen de legitimidad suficiente y, segundo, si no demuestra eficiencia estratégica en resolver los problemas esenciales de la mayoría ciudadana. Con todo, sin traer a colación estos aspectos de fondo y ateniéndose sólo a la 'duración' y a la perspectiva histórica que aquélla reclama para su análisis ¿es efectivo que la duración de la actual coalición de gobierno es la más larga de la historia de Chile?

Desde luego, ha permanecido más tiempo en La Moneda que el Frente Popular y que la Unidad Popular, coaliciones de centro-izquierda que *no* alcanzaron a completar allí siquiera un lustro. Pero no

\* Historiador, Premio Nacional de Historia 2006, docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

<sup>1</sup> En Godoy, O. (Ed.): *Cambio de régimen político* (Santiago, 1992. Universidad Católica), pp. 40 y 46.

ha logrado superar el tiempo durante el cual la centro-derechista *Fusión-Liberal-Conservadora* controló el Estado Nacional, ni el tiempo en que, dentro de esa, la Alianza Liberal gobernó el país. La llamada “Fusión” –que tuvo un magnetismo tal que atrajo hacia la parlamentarización liberal de la política a *todos* los partidos nuevos que fueron apareciendo (desde el Radical hasta el Socialista)– controló el Estado desde los inicios de la administración de José Joaquín Pérez (1861) hasta el término del segundo gobierno de Arturo Alessandri Palma (1938), con excepción del brevísimo intervalo 1927-1932<sup>2</sup>. Es decir: ‘duró’ 72 años.

Históricamente, las coaliciones de partidos no siempre han constituido pactos escritos, estatutarios, con programa único y compromiso público de cumplimiento. Pues, más a menudo que no, han sido *movimientos parlamentarios convergentes*, centrípetos, que han ‘producido’ pactos no escritos y consensos tácitos. Y que han hecho girar la política sobre tabúes o axiomas concéntricos que han sido compartidos por todos y que ningún ‘parlamentario’ osó cambiar. Fue el caso de la mencionada Fusión, que giró durante 72 años en torno a dos ejes políticos intocados: a) la permanencia del librecambismo exterior con brazos abiertos al capital extranjero y b) la rotación ‘liberal-parlamentaria’ de los partidos en torno a la administración del eje anterior. Los que, en ese período, quisieron modificar parcial o totalmente uno de esos ejes, o ambos, fueron prontamente arrinconados y excluidos del juego político. Tal le ocurrió al presidente Balmaceda, a las mancomunales de Luis Emilio Recabarren, a los llamados “anarquistas” de 1920 y a los “sociócratas” de 1930. Y no es extraño que el Frente Popular (que desafió tímidamente el eje ‘a’) y la Unidad Popular más la Izquierda Revolucionaria (que desafiaron *ambos* ejes) hayan durado tanto como una quimera<sup>3</sup>.

La larga duración de los códigos políticos que la ‘fusión liberal-conservadora’ practicó en torno a los ejes señalados, hizo posible también el exitoso *proceso formativo* de lo que se llamó hacia 1910 “la oligarquía”, en la que se fundieron, en un mismo e indiviso elenco dirigente, la clase política civil, la clase política militar, el conglomerado de compañías extranjeras, el bloqueado contingente empresarial criollo, la adusta jerarquía eclesiástica e incluso los más célebres “reformistas” (como el propio Arturo Alessandri, líder de la “chusma”). Durante esos 72 años, todas las élites chilenas aprendieron a dirigir el país a partir del respeto irrestricto a los dos ejes aludidos. Al extremo de convertirlos, de hecho, en el verdadero *pacto social* que presidió, entre 1861 y 1938, el Estado mismo, el venerable Estado de Derecho, la valorada Gobernabilidad y, no lo menos, a las clases políticas (civil y militar) que asumieron, según coyuntura, el ajuste y/o la administración de todo lo anterior. Y ha sido sintomático que todos los partidos políticos que nacieron para luchar contra ‘la’ oligarquía, terminaron aceptando tácitamente el dicho pacto y entrando al mismo juego que al nacer juraron combatir<sup>4</sup>. Fue lo que hicieron, cada cual a su turno, antes de 1938, el Partido Liberal, el Radical, el Liberal-Demócrata, el Democrático, el Obrero-Socialista, el Comunista y el Socialista.

¿Fue legítima y eficiente la longeva “fusión liberal-conservadora”? Legítima, no, puesto que, tanto en 1830 como en 1891 y en 1925, la construcción y reconstrucción del tipo de Estado (liberal) que ella controló se realizó sobre la base a decisivos golpes militares y en función de una Constitución Política en cuyo diseño, redacción y/o reestructuración no tuvo la ciudadanía ninguna participación soberana. ¿Fue acaso eficiente en resolver los problemas estratégicos de la mayoría ciudadana? Tampoco lo fue,

<sup>2</sup> Aunque antiguo, sigue vigente el artículo de Reinsch, P.: “Parliamentary Government in Chile”, en *The American Political Science Review*, N° 3 (1909), pp. 507-538.

<sup>3</sup> Salazar, G. & Pinto, J. (1999). *Historia Contemporánea de Chile*. Santiago: LOM. Volumen I (“Estado, legitimidad, ciudadanía”), pássim.

<sup>4</sup> La Ley de Seguridad Interior del Estado se convirtió, de hecho, en el código de hermandad de toda la clase política. Ello explica el escaso interés de ésta por convocar a una verdadera Asamblea Popular Constituyente.



pues todos los indicadores de “*desarrollo humano*”, desde 1861 hasta 1938, fueron, por decir lo menos, catastróficos, pues se quebraron marcas mundiales en varios ítems: mortalidad infantil, insalubridad habitacional, porcentaje nacional de niños huachos, alcoholismo, violencia delictiva, prostitución, masacres de ciudadanos, etc. Lo contrario ocurrió con los “*parámetros macro-económicos*”, pues éstos quebraron, antes de 1930, varios récord nacionales en balanzas comerciales positivas; tasas elevadas de desarrollo industrial; altas cuotas de ganancia para las casas comerciales y bancos de extranjeros; relaciones económicas librecambistas con todas las grandes potencias del mundo; inversiones en edificios públicos, ferrocarriles y puertos; enriquecimiento ‘empresarial’ de los políticos importantes; millonarias transacciones especulativas con tierras del Estado; suculentas ganancias para los gestores políticos del capital extranjero, etc.<sup>5</sup> Y todo eso bajo la gran cúpula, acogedora y armónica, de la célebre ‘estabilidad institucional’ del proceso chileno.

No hay duda que, durante la larga fusión liberal-conservadora, mientras los indicadores de desarrollo humano expoliaban sin piedad a la mayoría popular, los parámetros macro-económicos beneficiaban sin descanso a las élites que dirigían el país, sobre todo a las compañías extranjeras. En suma, esa fusión ¿fue eficiente? –“*No, claro, pero sí*”– Cómo? –“*Sí, bueno, pero no. En todo caso, en la duda, abstente. O sea: es mejor atenerse a lo que diga la historia oficial. Que no dejen de memorizarla los niños y los jóvenes. Es decir, sépanlo: Alessandri fue el estadista que inició, luchando contra la oligarquía, la rectificación de la cuestión social detectada en el Primer Centenario. Y él abrió el período ‘democrático’. Recuérdenlo. No lo olviden. Y levántenle una estatua*”.

La fusión liberal-conservadora estableció, pues, en Chile, no sólo la célula madre de la ‘oligarquía’, sino también la matriz institucional del ‘pacto social’ que rigió por casi un siglo a todos los chilenos. El cual se componía, como se dijo, de dos compromisos interconectados: 1) el compromiso de *todas las élites* de asociarse de igual a igual con las grandes compañías capitalistas extranjeras, a título de asegurar la mejor vía de modernización de la sociedad y 2) el compromiso de *todos los chilenos* de elegir periódicamente a todas las *élites* para que se rotaran en la administración del compromiso N° 1, por ser la mejor fórmula de vida democrática<sup>6</sup>. ¿La Constitución? “*No, no es necesario cambiarla*”.

Se puede apreciar que el compromiso N° 1 generó (y genera) la ilusión cultural de que nos estamos modernizando ‘a la par’ con las grandes potencias; mientras que el N° 2 sigue generando la ilusión política de que nuestra democracia garantiza la ‘alternancia en el poder’. Y se aprecia también que la relación entre el compromiso 1 y el 2 ha generado y sigue generando una tercera ilusión, según la cual la lucha ‘electoral’ ha sido y es la única *esencia* de la lucha ‘política’.

Como se sabe, durante la larga vida de esa Fusión hubo varios combates electorales de rango épico (por ejemplo, Vicuña Mackenna contra Aníbal Pinto en 1876 y Barros Borgoño contra Alessandri en 1920), momentos en que los candidatos respectivos, de cara a los electores, encendieron homéricas disputas verbales. Sin embargo, hoy, cuando los historiadores examinan los programas de Gobierno y las conductas reales de esos candidatos (o presidentes), no encuentran *diferencias* dignas de nota entre tales ‘enemigos’. Lo que hoy está claro es que la Coalición Conservadora fue más liberal que la Alianza Liberal en

---

<sup>5</sup> La descripción de estos fenómenos está dispersa en una amplia bibliografía sobre la llamada “cuestión social”. Un apropiado resumen en Armando de Ramón: *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana* (Madrid, 1992. Editorial Mapfre) y en María Angélica Illanes: *En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia. Historia social de la salud pública, Chile, 1880-1973* (Santiago, 1993. CAP).

<sup>6</sup> Este pacto social fue también asumido por las coaliciones de centro-izquierda. Ver de Salazar, G.: “Las concertaciones de partidos de centro-izquierda en Chile ¿cuánta ha sido su utilidad histórica”, en *Alamedas* N° 5 (Santiago, 1998), pp. 8-13.

política social y que la Alianza Liberal fue más conservadora en la defensa del empresariado y en la represión a los rotos que la Coalición Conservadora, siendo ambas igualmente librecambistas. *Históricamente*, pues, estaban más fusionadas de lo que aparentaban frente a la gran masa electoral.

Y hablando de fusión ¿cuán diferenciados o fusionados están los políticos de la actual Concertación de Partidos por la Democracia y de la actual Alianza por Chile en comparación a los políticos de la vieja Fusión Liberal-Conservadora? ¿Han modificado los compromisos 1 y 2 del pacto social subterráneo que rigió por tantas décadas a la masa ciudadana? ¿En qué radican las diferencias reales, estratégicas, entre los bloques que hoy disputan el Gobierno (no la legitimidad de la Constitución), o no hay ninguna? ¿Se puede hablar hoy de izquierdas y derechas? ¿Tiende o no la Concertación a restaurar el mismo viejo ‘pacto social’ que la Fusión estableció para los chilenos? ¿Y cuán legítimo y eficiente es el neoliberalismo actual respecto al liberalismo de la vieja Fusión? ¿Cuánto le deben ambos liberalismos a las dictaduras militares y cuánto necesitaron y necesitan de ellas? ¿Qué sentido histórico real tiene hoy postular la ‘alternancia en el poder?’.

## GLOBALIZÁNDONOS POR CUARTA VEZ

Se destaca, frecuentemente, que Chile, desde 1990, se ha estado *globalizando exitosamente* y que, gracias a los excelentes indicadores de su “capacidad competitiva como país”, está posicionado en un lugar expectante (el mejor de América Latina) en el ranking mundial que confeccionan las infalibles consultoras internacionales Standard & Poor’s, J.P.Morgan, Institute for Management Development, World Economic Forum y otras. Tal posición confirma que Chile es hoy un lugar de “bajo riesgo” para las inversiones del capital financiero mundial, *si este decide venir*. Confirma también que somos una carretera expedita para la circulación mundial de los “capitales golondrina” (los que no vienen para quedarse, sino para aprovechar la coyuntura)<sup>7</sup>. Y, por cierto, para que los capitales chilenos ‘salgan’ también a tentar suerte por el mundo (30 % de los fondos de pensión que cotizan los trabajadores y administran los grandes empresarios de las AFP, por ejemplo, están invertidos en el exterior, y van en aumento)<sup>8</sup>.

El triunfalista discurso de la globalización se rige por el objetivo de que Chile *debe* –sí o sí– ingresar a esa categoría de países que las dichas consultoras clasifican en el *top ten* de su lista. De lograrlo –“y se va a lograr”, se nos dice– estaríamos alcanzando la ‘cima’ de nuestra historia. Esa cumbre donde se negocia de igual a igual con las grandes potencias del mundo. En todos los mercados. En todos los planos. En todos los idiomas. Y eso significaría dejar atrás esa enfermiza condición de país ‘en vías’ de desarrollo. “*Estamos cerca... Ciudadanos: ¡perseverad!*”<sup>9</sup>.

Como se sabe, la dictadura del general Pinochet acomodó todas las estructuras para que Chile fuera bien evaluado y así pudiera llegar al país, masivamente, el codiciado capital financiero mundial. Sin la llegada de ese capital, no habría globalización. Sin embargo, el Chile del general Pinochet fue considerado

<sup>7</sup> Bay-Schmith, J.: “Chile: educación y corrupción frenan la competitividad”, en *El Mercurio* 10/05/2003, B6. Chile ocupa el lugar 16 entre las naciones de su tamaño (30 en total).

<sup>8</sup> Jarur, P.: “Límites de inversiones de las AFP”, en *El Mercurio* 22/09/2004, B6. Se calcula que las inversiones chilenas en el exterior se duplican de un año para otro, sumando ya sobre \$ US 43.000 millones. Ver Castañeda, L. & Zúñiga, C.: “Inversión chilena en el exterior duplica la realizada en 2003”, en *El Mercurio* 24/04/2004, B2 y de García, D. & Rodríguez, C.: “Crece inversión foránea de las AFP”, en *El Mercurio* 11/06/2004, B2.

<sup>9</sup> La cima que hoy se nos habla no es aquella antigua que se denominaba “*take off*”, es decir: el despegue hacia el pleno *desarrollo industrial*. La cima neoliberal es distinta: consiste en tensar al máximo nuestras “capacidades competitivas”, en abrir al máximo nuestras fronteras al capital financiero mundial y en dejar de lado los escrúpulos nacionalistas y populistas para alcanzarla.



siempre, en el concierto de las grandes potencias occidentales, un *pariah state* (un Estado “abominable”) y no un ‘igual’<sup>10</sup>. Y, en este sentido, no sirvió de mucho que la dictadura hubiera reducido el tamaño del Estado a su mínima expresión, que hubiera recortado el gasto social a menos del mínimo requerido, pulverizado la clase obrera y los partidos de Izquierda, re-fundado el empresariado en condiciones de excepción, privatizado el fondo social de los trabajadores y puesto *on sale* las grandes empresas del Estado, etc.<sup>11</sup>. Y es que las grandes potencias no perdonaron que la dictadura chilena no revistiera sus acomodos con el *ropaje* de un Estado de Derecho y un sistema democrático ‘formal’. Pues en las grandes especulaciones financieras es de buen tono guardar, también, las apariencias políticas. Es cuestión de caballeros. Y las transnacionales no son, pese a todo, la CIA. Y tampoco son ‘militarotes’ golpistas. Además, en el mercado globalizado de hoy, tanto el Estado de Derecho como la Democracia Formal constituyen también *indicadores de competitividad*<sup>12</sup>. Porque en ese mercado ya no compiten empresas, sino países. Es más: bloques de países. Y como el régimen militar chileno carecía de competitividad en ese terreno, las grandes potencias *no* invirtieron entonces en el país. El general Pinochet se halló en un callejón sin salida: o se iba y daba paso a la democracia formal o su trabajo dictatorial no se vería coronado por laureles de gloria: la globalización de su obra.

Y lo que no pudieron las 22 jornadas de protesta nacional contra la dictadura a lo largo de cinco años de lucha (que cayera el tirano), lo pudo casi sin costo una cláusula formal del capitalismo globalizado: ‘no se invierte donde la competencia de mercado no reviste decentes formas democráticas’. De este modo, la Concertación de Partidos por la Democracia, triunfante en el plebiscito de 1988 y en las elecciones presidenciales que siguieron, no tuvo más que *completar la tarea*; esto es: negociar con las grandes potencias los acuerdos necesarios para comerciar de igual a igual y para que los capitales financieros pudieran entrar y salir del país. A placer. Sin sobresaltos. Pues la tarea I, la que acomodó el país entero para recibir el capital extranjero, ya estaba hecha –y a la perfección– por la dictadura militar. De modo que la tarea II fue sólo de remache: invitar y acomodar ‘democráticamente’ al dicho capital. Con todo, la tarea II necesitaba discurso propio. Un discurso seductor, amable, futurista y triunfalista. Un discurso democrático, distinto a las arengas del terror dictatorial, pero que respetara la apertura al exterior establecida por la dictadura<sup>13</sup>. Y este discurso fue, ha sido y sigue siendo el de la mítica “globalización modernizadora”.

Sin embargo, sólo a partir de 1994 (cuando la transición democrática neoliberal parecía consolidada) comenzó a llegar, y con mucha prudencia, el codiciado capital extranjero. Por eso, el *peak* de esas inversiones sólo se alcanzó entre 1996 y 1999, para luego declinar drásticamente –como efecto de la crisis asiática– a partir del año 2000. Por esto, los inicios del gobierno de Ricardo Lagos fueron sombríos: la economía tendía a estancarse porque las inversiones extranjeras cayeron 74 % desde 1999 al año 2000. El modelo neoliberal, como un todo, estaba en peligro<sup>14</sup>. Los empresarios, frente al nuevo gobierno fruncióron el ceño: ¿tenía sentido administrar el ortodoxo modelo neoliberal chileno *sin* capital extranjero, *sin* los empresarios y *con* un mandatario que tenía pasado socialista? Los inquietos cerebros pensantes del segundo piso de La Moneda pudieron preguntarse lo mismo, desde otra perspectiva: ¿cuánto más ‘duraría’

<sup>10</sup> Ver de Harkavy, R.: “The Pariah State Syndrome”, en *Orbis* 21:2 (Philadelphia, Penn., 1977), pp. 623-650. El término es usado aquí para referirse a países como Sudáfrica, Paraguay, Pakistán, Chile y otros.

<sup>11</sup> Una descripción objetiva de estas acomodaciones en Collins, J. & Lear, J.: *Chile's Free-Market Miracle: a Second Look* (Monroe, USA, 1995. IFDP), pássim.

<sup>12</sup> Obsérvese el *set* de indicadores utilizado por el Institute for Management Development (IMD), en Bay-Schmith, J., loc. cit.

<sup>13</sup> Salazar, G.: “Proyectando país globalizado tras 200 años de vida independiente (o la revolución del hijo pródigo)”, en Tomás Moulian (Ed.): *Construir el futuro. Aproximaciones a proyectos de país* (Santiago, 2002. LOM), vol. I, pp. 177-208.

<sup>14</sup> Claude, M.: “La inversión extranjera directa en Chile (1973-2004)” (Santiago, 2003. Manuscrito), Tabla N° 1, p. 19.

la Concertación en el Gobierno del país *sin* la presencia colaboradora de los *socios legítimos y estratégicos* del modelo neoliberal? No demasiado, pues la situación tendía a ser la misma que obligó al general Pinochet a retirarse a sus parcelas de agrado, sólo que no por la cláusula de la decencia democrática, sino por la crisis asiática y los problemas propios de la globalización financiera.

El problema no era menor, pues entonces la tarea fundamental tenía que ser, forzosamente, la de *re-vincular* activamente los dichos socios al proceso país. Es decir: tenía que gobernar más para ellos que para los ciudadanos rasos que votaban por la Concertación (sobre todo, la clase popular). De este modo, había que concentrarse en la tarea urgente de atraer *a como diera lugar* la escurridiza inversión extranjera, pues, ante su ausencia, los empresarios criollos estaban optando –haciendo uso de la apertura de las fronteras económicas– por invertir sus capitales en los mercados especulativos externos, por su mayor rentabilidad relativa<sup>15</sup>. La des-inversión parecía generalizarse y el estancamiento se veía venir, casi como ‘otro’ golpe de Estado. ¿Qué hacer? Lo obvio: aplicar recetas neoliberales. ¿Cuáles? Limpiar de toda traba el mercado de capitales interno (reformas I y II), impulsar las exportaciones tradicionales y no tradicionales, rebajar aun más los aranceles de importaciones, no aumentar los impuestos al capital, mantener deprimido el gasto social y, sobre todo, multiplicar los tratados de libre comercio con todas las potencias del orbe<sup>16</sup>. Había que aumentar la rentabilidad media del mercado interno. Sólo así llegaría el capital extranjero y los empresarios chilenos invertirían en Chile y no en Bahamas o en Estados Unidos o en otros “paraísos tributarios”<sup>17</sup>. De paso, con estas medidas, se podrían mejorar aun más los indicadores *políticos* de la competitividad país.

Por eso, desde el año 2002 en adelante, existe una agresiva política exterior destinada a liberalizar las relaciones comerciales de Chile con Estados Unidos, la Unión Europea, Corea del Sur y eventualmente China, la India, Japón, algunos países de Centro América y, últimamente, con Perú y Bolivia. Uno tras otro, se han ido firmando diversos tratados de libre comercio, con una frecuencia y rapidez que ha convertido al país, una vez más, en el más veloz librecambista de América Latina<sup>18</sup>. Lo cual quedó patentado cuando Chile fue la sede de las sesiones ordinarias de los países de la APEC. Sobre esta base, se ha pensado en asumir una posición de liderazgo hemisférico, aun al costo de volver la espalda a la vieja fraternidad latinoamericana<sup>19</sup>. Teniendo ya cinco o seis tratados de libre-comercio en el bolsillo, Chile parece estarse jugando entero por su plena globalización, como también su integración virtual al mundo de Silicon Valley y de Bangalore.

¿Ha sido exitosa esta política? En sentido macro-económico, sí: todas las encuestas indican que la Concertación de Partidos por la Democracia ha logrado remontar la crisis y que, por eso mismo, su control

---

<sup>15</sup> La inversión trimestral de los empresarios chilenos en el exterior aumentó de US \$ 370 millones durante el primer trimestre del 2002 a US \$ 1.818 millones en abril del 2004, totalizando al 31 de marzo de 2004 la cantidad de \$ US 42.257 millones. Ver de Castañeda, L. & Zúñiga, C.: “Inversión chilena en el exterior duplica a la realizada en 2003”, en *El Mercurio*, 24/04/2004, B2.

<sup>16</sup> Ver los reportajes “Cómo murió el encaje” de la revista *Qué Pasa* del 21/04/2001, pp. 72-73 y “¡Urgente, un plan B!” y “El punto base”, en *ibidem*, 5/01/2002, pp. 56 y 58-60, respectivamente.

<sup>17</sup> Las inversiones externas no han sido, en todo caso, tan rentables, pues el 50 % fue capital “quemado”. Ver de Sapag, R. & Rojas, C.: “Internacionalización empresarial chilena: salir en grande, volver lastimados”, en *Capital* N° 141 (Santiago, 2004, septiembre-octubre), pp. 26-34

<sup>18</sup> Marticorena, J. & Rioseco, J. P.: “Sin marcha atrás. El acuerdo comercial alcanzado con Estados Unidos sella la opción de Chile por el modelo de libre mercado”, en *Qué Pasa* 13/12/2002, pp. 30-32. Una mirada retrospectiva con C. Soza: “Acuerdos comerciales: ¿con quién nos estamos metiendo?”, en *El Mercurio* 15/08/2005, B5. También Jarur, P.: “Avanzadas negociaciones: CODELCO afina acuerdo por US \$ 2.000 millones con China”, en *ibidem*, 28/05/2005

<sup>19</sup> Moffett, M.: “Libre comercio: después del TLC, Chile busca ser una plataforma regional de negocios”, en *El Mercurio* 4/09/2003, B9 y Santelices, D.: “Habrá limitaciones en la relación si Chile no se integra con sus vecinos”, en *ibidem*, 17/12/2004, B 26.

del Gobierno está en vías de 'durar' todavía, a lo menos, otros cuatro años, mientras el Presidente aumentó su prestigio personal a niveles cercanos al 70 %. La solidez del modelo parece recuperada: el capital extranjero volvió, no en los volúmenes espectaculares de 1996, pero en tasas razonables y a las áreas de siempre (minería, finanzas, infraestructura, etc.), mientras los empresarios nacionales han aumentado también su inversión interna (eso sí, en supermercados y multi-tiendas, sobre todo). La tasa nacional de crecimiento para 2005 registró 6.1 % de incremento (no se han alcanzado, con todo, los altos niveles de 1986 o 1996); la tasa de ganancia de los grupos económicos, lo mismo que los índices de la Bolsa de Comercio han superado con creces la barrera del 30 % anual<sup>20</sup>. Tanto es así que al día de hoy las empresas tienen "exceso de liquidez" y, a la vez, una magra cartera con proyectos de inversión. Viven una pléto-rra de capital financiero<sup>21</sup>. La duda residual es que buena parte de esta bonanza puede que no tenga que ver necesariamente con los tratados de libre comercio, sino con el alza espectacular del precio internacional del cobre, que ha alcanzado récords históricos, tanto, que ha hecho bajar el precio del dólar en casi 20 %, afectando a los exportadores y privilegiando a los importadores. Los parámetros macro-económicos de la globalización gozan, pues, de buena salud. Con todo, los *otros* indicadores de la competitividad-país no presentan cifras tan rozagantes y, aunque Chile sigue clasificado en las categorías superiores, se observa aquí un cuadro más complejo y preocupante.

¿Qué tiene de distinta esta "fusión" *neoliberal-neoconservadora* de la que se ganó a sí misma el derecho a gobernar 72 años entre 1861 y 1938? ¿Cuán diferente es 'esta' globalización de aquella que sedujo a todos los partidos para que medraran juntos dentro del 'pacto social' que ella exigía? Debe tenerse presente que esta no es la primera globalización del mundo ni la primera que 'forma' a la oligarquía del país. Pues, la que estamos viviendo no es la 'primera', sino *la cuarta*. La primera tuvo lugar con nuestro nacimiento en el útero del Imperio Español, que abarcó gran parte del mundo conocido ("en mi Imperio no se pone el sol"). La segunda surgió cuando quisimos romper las cadenas de esa "esclavitud" para *liberarnos*, globalizándonos en brazos del capitalismo inglés y la cultura francesa (1810-1930). La tercera ocurrió cuando, para lograr nuestra plena independencia económica, decidimos *importar* medios de producción y bienes de capital, cayendo así en la dependencia imperialista de Estados Unidos, único proveedor a la sazón de tales bienes (1938-1973). Y la cuarta surgió cuando, para liberarnos de la dependencia yanqui y hablar de igual a igual con las grandes potencias, nos trajeron a *diluirnos* como país al interior del inmenso mercado neoliberal globalizado.

Las historias de nuestras cuatro globalizaciones nos enseña por tanto que, para nacer, nos globalizamos; para liberarnos y desarrollarnos como país, nos volvimos a globalizar y para romper el círculo vicioso de esa 'dependencia globalizante', el triunfalista discurso hegemónico de hoy nos propone rechazar y destruir, no los procesos de globalización en sí, sino los *afanes de liberación*<sup>22</sup>.

Hay algo que está mal aquí. Tal vez es sano mirar *de reverso* el discurso hegemónico.

---

<sup>20</sup> Ver "Resultados por grupos y sectores económicos al tercer semestre de 2004", en *El Mercurio*, 8/11/2004, B7; de Rodríguez, C.: "Balance 2004: mercado rompe 10 récords históricos. La bolsa, los bonos y los fondos mutuos quebraron marcas que difícilmente se repetirán en el tiempo", *ibidem*, 22/12/2004, B1; Viancos, C.: "Mineras, forestales y bancos lideran ganancias de las empresas", *ibidem*, 13/08/2005, B1, etc.

<sup>21</sup> Soza, C.: "Empresas: una billetera contundente, pero pocos proyectos", *ibidem*, 10/08/2005, B6.

<sup>22</sup> Un mayor desarrollo de esta historia en Salazar, G.: "Proyectando país globalizado...", *loc. cit.*, pp. 177 et seq.

## EL LADO OSCURO DEL ESTADO NEOLIBERAL

El Estado neoliberal de la época de la cuarta globalización *no* puede ser prominente ni, necesariamente, protagónico. No puede ser ni Estado Empresario, ni Estado Docente, ni Estado Social-Benefactor, ni Estado Burocrático. Debe ser de bajo perfil y, en lo posible, *hueco*<sup>23</sup>. Su presencia debe ser formal, de apariencia, y no debe interferir en la circulación libre del que, desde las grandes carreteras virtuales, ‘produce’ hoy la mayor parte de la realidad: el capital financiero mundial. La globalización presupone que las instancias de decisión estratégica y táctica se delegan hacia arriba (cumbres mundiales), hacia el lado (empresa privada), hacia afuera (transnacionales) y, para descargar costos molestos, hacia abajo (micro-empresas, municipios)<sup>24</sup>. Si todas esas instancias son, en sí y por sí mismas, solventes y capacitadas (o sea: competitivas), el Estado puede y debe descentralizarse, a tal punto, que su presencia podría ser estratégicamente inútil.

El problema del Estado chileno consiste en que, si bien *sus* políticas son competitivas, su gran instancia lateral de decisión estratégica: los empresarios, lo es bastante menos que lo que estos, obnubilados por sus ganancias, creen. Y si estos no son tan competitivos como creen es porque, sencillamente, *sus trabajadores no lo son*. Y con respecto a las instancias superiores y externas (las transnacionales), estas siguen pensando que Brasil, México, Argentina, Rusia y los países asiáticos *son* más rentables que Chile, a pesar de que no son tan ortodoxos ni tan aplicados, razón por la que el grueso de sus inversiones se dirige hacia ellos, pese al declarado afán de liderazgo regional de los chilenos. Y, como si fuera poco, las instancias ‘de abajo’, las encargadas de absorber los excedentes de costo (municipios y micro-empresas) tampoco son competitivas, pues se encuentran comprimidas por el sobrepeso y la responsabilidad ‘competitiva’ de los *marginales* procesos sociales y productivos<sup>25</sup>. En Chile, pues, el Estado se salva por su buen comportamiento político y por la coyuntura internacional favorable del cobre, pero no por el nivel competitivo de los *otros* factores que asegurarían su éxito total.

¿Qué cabía hacer ante este hecho? Que el Estado se hiciera cargo, lo aceptara o no la ortodoxia del discurso central, de los déficit competitivos de los ‘otros’ factores, creando, como en trastienda (tiene que ser así, para no ser abiertamente “desarrollista” o “populista”), una red estatal simulada, suplementaria y compensatoria, a efecto de hacer más competitiva el área empresarial, la tecnológica y, sobre todo, la social y la educacional. Es decir: ha debido cultivar en trastienda un verdadero iceberg de *agencias subcontratistas* que ejecuten las políticas de relleno (¿subsidiarias?) que el Estado debe emprender en esas áreas<sup>26</sup>. Debe, por ejemplo, reducir el déficit de capacitación de la masa trabajadora que las

---

<sup>23</sup> Sobre el ‘ahuecamiento’ del Estado (“hollowed out Schumpeterian workforce state”), ver de Bob Jessop: “Post-Fordism and the State”, en Ash Amin (Ed.): *Post-Fordism. A Reader* (Oxford, 1995. Blackwell), pp. 251-279, y de Strange, S.: “The Declining Authority of States”, en Held, D. & McGrew, A.: *The Global Transformations Reader* (Cambridge, 2003. Polity), pp. 127-134. Es importante también el libro de B. Jessop: *The Future of the Capitalist State* (Cambridge, 2002. Polity), ver capítulos 5 y 6.

<sup>24</sup> Ver de Harvey, D.: *The Condition of Postmodernity* (Oxford, 1992. Blackwell), pp. 168-172.

<sup>25</sup> Mientras las grandes empresas celebran tasas de utilidad récord, la mayoría de los municipios se debaten al borde de la bancarrota. Lo mismo que en 1912, durante la segunda globalización, la Municipalidad de Valparaíso está hoy a punto de quebrar y llevar a su Alcalde a la cárcel. Ver de Barria, A.: “Fuerte endeudamiento: los municipios están viviendo una farsa”, en *El Mercurio* 12/08/2005, C9; también de Droguett, E.: “Movilización de alcaldes y concejales: paro logró sensibilizar al público”, en *ibidem*, 6/05/2005, C9.

<sup>26</sup> La aparición de estas agencias es un fenómeno mundial. Ver de Salomon, L.: “The Global Associational Revolution: The Rise of the Third Sector in the World Scene”, *Occasional Papers* N° 15 (Institute for Policy Studies, John Hopkins University, 1993). Para el caso de Chile, Cancino, B. & Vergara, D.: *La asociación de los privados* (Santiago, 1996. Ediciones SUR); Salazar, G.: *Los pobres, los intelectuales y el poder* (Santiago, 1995. PAS) y “La larga y angosta historia de la solidaridad social bajo



empresas, por su arcaico modo taylorista de gestión, no lo reducen. ¿Cómo? Financiando a través del SENCE y otros mecanismos, un semillero de grandes y pequeñas empresas privadas que negocian con la venta de capacitación. Y debe, también, promover programas de empleo temporal a través del FOSIS y otras agencias para compensar la notoria tendencia a la baja de la tasa nacional de empleo. Debe, a través de múltiples *small projects* de desarrollo local o social, paliar los rigores de la pobreza y del empleo precario. Debe incentivar con placebos tributarios a las empresas constructoras (privadas) para que construyan viviendas sociales decentes, y subvencionar a las corporaciones educativas privadas para que acepten alumnos de menores recursos. Debe encargar estudios de mercado para las empresas exportadoras del Estado, o sobre el tráfico de drogas, a objeto de proponer políticas de rehabilitación para la juventud “dañada”. Debe financiar *think tanks* en la propia Moneda para producir informes que iluminen al Gobierno, con el fin de que este no dé pasos en falso, no pierda las elecciones, no deteriore su “imagen” pública (no está pensado que recomienden cómo mejorar el estándar de vida de los pobres), y debe, asimismo, utilizar a diversos “gestores especulativos” como señuelos e intermediarios para que los grandes consorcios internacionales les compren a ellos, a precio de ganga, las empresas que antes eran del Estado y de todos los chilenos, etc.

Como se ve, para que el Estado chileno pueda mantener su silueta liliputense (exigida por el FMI y recomendada por el Consenso de Washington) y a la vez un elevado índice de competitividad hacia fuera (exigido por las consultoras internacionales), ha debido hacer informal y sucedáneamente lo que los ‘otros’ factores de la globalización de Chile *no* están haciendo a cabalidad, esto es: ser, por sí mismos, competitivos. Y a este efecto los gobiernos de la Concertación no han tenido otra salida que subcontratar a centenares y aun miles de *intermediarios, consultoras y organizaciones no gubernamentales* (que son empresas o corporaciones privadas, pero que cosechan en el mercado abierto lo que en buena medida es hoy el presupuesto público) para que hagan, por partes y de a poco (focalizadamente), lo que falta por hacer.

Lo anterior ha convertido las políticas de Estado en una galaxia virtual de *contratos semi-privados*, donde cada uno de ellos se inserta en pequeños y medianos programas de desarrollo, los que, a su vez, funcionan segmentados en mini-proyectos de diagnóstico, pronóstico, ejecución y evaluación, a través de los cuales se derraman millones de dólares entre agentes, gestores y ejecutores privados que, como deben generar “productos” para el Estado, son al mismo tiempo agentes de ‘lo público’, al servicio indirecto/directo del Gobierno de turno. Algunos de esos contratos operan sobre transacciones de escala internacional (privatización de las compañías eléctricas, por ejemplo, o ventas futuras del cobre), razón por la que allí los pagos y “sobresueldos” involucrados se mueven en ‘esa’ escala, tanto, que terminan por formar parte del circuito acumulativo interno del mismo capital financiero nacional-internacional. Otros establecen concesiones a privados para construir carreteras u obras públicas y otros, sin duda los más modestos, se firman para ejecutar los voceados programas de mejoramiento urbano y desarrollo social de los “bolsones de pobreza” remanentes (construcción de áreas verdes, de multi-canchas, talleres para fortalecer la identidad local, la participación ciudadana, la formación de espacios públicos, lanzamiento de programas “puente” para llevar de la mano a los pobres hacia la modernidad, etc.).

De este modo, en torno y debajo del globalizado Estado chileno gira un archipiélago Gulag de intermediarios, consultoras y ONGs de las más variadas especializaciones y tamaños; ojos, oídos y brazos

---

régimen liberal en Chile”, en *Cuadernos de Historia* N° 23 (Santiago, 2003. U. de Chile). También de ACCION (Ed): *Situación de las ONG chilenas al inicio del siglo XXI* (Santiago, 2001).

mercenarios del Estado que trabajan afanosamente en mantener intacto su perfil liliputense y a salvo su aplaudido índice de competitividad 'central'. En verdad, se trata de un *mercado político* formado por una hormigueante masa de sub-contrataciones semi-públicas y semi-privadas, que crece en proporción a las funciones no confesas del Estado *Neoliberal*, que trabaja en la ejecución licitada de las políticas públicas a cambio de una remuneración fiscal y que está inevitablemente enredado (asociado) con los mismos elencos políticos que administran el Gobierno y gran parte del Estado. Se trata de un mercado 'de oportunidades' que orbita en círculo más o menos cerrado en torno al eje de la coalición gobernante, donde la oportunidad se gana y se aprovecha pública y también privadamente *si* se está conectado a la red social y política 'en el poder'. En verdad, es un *shadow state* nepotista, de nuevo tipo.

De ese peculiar modo, el competitivo Estado neoliberal chileno responde, por un lado, al requerimiento del FMI de mantener hacia afuera un bajo perfil burocrático y, por otro, hacia adentro, y ante el déficit de los otros factores de competitividad, un ancho circuito cerrado de una bien financiada política 'de rellenos' que beneficia, por vía ambigua (público-privada) y contrato temporal (a honorarios), a una *masa orbitante* de grandes y pequeños 'colaboradores'. Esa masa configura el lado oscuro de la fuerza neoliberal del Estado. Su lado opaco, de escasa transparencia a la oposición, a la ciudadanía y a la conceptualización política. En rigor, no es más que la cirugía facial producida por la mercantilización de sus funciones. Y ha sido en este lado oscuro donde los gobiernos de la Concertación han visto estallar sus diversos y frecuentes casos de *corrupción administrativa*<sup>27</sup>.

¿Se trata de corrupción? En el sentido en que es una *situación* que ampara beneficios privados al interior de intereses públicos, lo es, como 'situación', en un sentido político. En el sentido de si implica una falta a la ética administrativa y/o un robo al tesoro público, sí, si *no* hay un servicio realmente útil prestado de por medio, o si hay una remuneración *excesiva* de acuerdo a los estándares normales para servicios similares. ¿Se trata de un delito mayor? Sí, si la ganancia privada por esa vía es tan excesiva que daña el interés público. No, si se asume que ganancias medias obtenidas en torno a las oportunidades que ofrece todo Estado neoliberal a las agencias privadas (satélites) que colaboran con él, son 'normales' en ese tipo de Estado<sup>28</sup>. ¿Es una cuestión de jueces y de leyes? Sí, si el Derecho Positivo ha sido elaborado sobre ese tipo de situaciones históricas. No del todo, si el Derecho fue pensado para *otro* tipo de situaciones y de estados. En este último caso es una situación 'histórica' que debe resolver la misma ciudadanía.

Los hechos clasificables como 'actos de corrupción' han abundado. Pequeños y casi invisibles 'durante' el *peak* de las inversiones extranjeras, esos hechos aumentaron de escala y frecuencia después de ese *peak*, durante el impacto de la crisis asiática y en paralelo a la reactivación. La pregunta es, en este punto: de ganar las elecciones presidenciales la Alianza por Chile (es decir: los

---

<sup>27</sup> No es necesario describir los casos de 'corrupción administrativa' detectados en el Estado Neoliberal chileno durante el período 2000-2005. La mayoría de ellos tiene que ver con lo que aquí hemos llamado el *shadow state*. Se contabiliza el caso de las indemnizaciones pagadas a ex funcionarios de empresas públicas (año 2000); los casos MOP-Gate, MOP-Ciade, CONADI y CONAMA (2001); el llamado caso "Coimas" y de los aviones Mirage (2002); el caso CORFO-Inverlink (2003), etc., y diversos casos ocurridos en el año 2005 a nivel de municipios. Ver A. Rodríguez V.: "Las oscuras huellas de la corrupción", en *El Mercurio* 10/07/2005. También de Faúndez, G. & Farfán, C.: "El peor momento", en *Qué Pasa* 7/10/2000, pp. 20-23; González, P. & Faúndez, G.: "El secreto a voces de la Concertación", *ibídem*, 18/10/2002, pp. 25-28; Cerda, M., Espinoza, S. & Vergara, A.: "La loca geografía de la corrupción", *ibídem*, 6/12/2002, pp. 24-28; Valle, C.: "Las nuevas víctimas de los sobresueldos", *ibídem*, 2/05/2003, pp. 34-36, entre otros.

<sup>28</sup> En estas consideraciones no se toma en cuenta el factor 'inmoralidad plena' que algunos sujetos pudieron tener insertos en su propia personalidad.



dueños legítimos del modelo) ¿disminuiría el índice de corrupción administrativa? O dicho de otra manera: ¿disminuiría la zona mercantilizada del Estado neoliberal? ¿Mejorarían los 'otros factores' sus índices respectivos de competitividad? ¿Aumentarían los empresarios chilenos su competitividad real, no su tasa de ganancia neta? ¿Mejoraría la capacitación real de los trabajadores chilenos? ¿Aumentaría la inversión en la *producción* –no en la 'importación'– de nuevas tecnologías en Chile? ¿Habría una disminución del empleo precario?

Es dudoso que los verdaderos dueños del modelo, de ganar el Gobierno, lleven a cabo reformas profundas, estructurales y directas en la competitividad empresarial, en la capacitación de los trabajadores, en la producción tecnológica y en la distribución del ingreso nacional. Si no se hizo en dictadura, cuando era fácil, es improbable que se haga ahora, en competencia democrática con los 'enemigos' de esa dictadura. Pues, toda reforma *profunda* en esa dirección significaría: 1) reducir las altísimas tasas de ganancia que tienen hoy las grandes empresas en Chile; 2) reducir el rol estratégico del capital extranjero, para potenciar en cambio las fuerzas productivas domésticas; 3) alterar la ecuación distributiva del ingreso en beneficio de los trabajadores; 4) aumentar la capacidad ejecutiva directa de los aparatos estatales, disminuyendo su dependencia de las agencias subcontratistas y 5) modificar el Plan Laboral para dar más empleo estable y disminuir el empleo precario. Nada de esto, sin duda, de ser leal consigo mismo, haría un gobierno de la Alianza por Chile, pues implicaría desandar lo recorrido por la dictadura y deshacer una obra que, desde muchos puntos de vista, hace tiempo que ya alcanzó la gran meseta de su perfección ortodoxa.

El problema no es, pues, si hay mucha o poca corrupción del gobierno de turno. El problema es que el Estado Neoliberal chileno *pretende* estar ya globalizado cuando el resto del país no lo está; *pretende* que los otros factores de competitividad también están operando en ese mismo alto nivel; *pretende* que el país entero está cerca del nivel de los países que las consultoras internacionales clasifican en clase AAA y *pretende* que no está haciendo lo que todos saben que hace por detrás o bajo cuerda, a saber: comportarse como Estado 'empresario' a través de su cohorte de intermediarios, licitadores y consultores; como Estado 'social-benefactor' a través de su cohorte de FOSIS, DOSs, DIDECOs, PLADECOS, ONGs y otros grupos ejecutores, y como Estado 'docente' a través de sus enormes subvenciones al ejército de corporaciones educativas privadas que 'colaboran' con él...

El Estado Neoliberal es, de arriba abajo, una sola *mentira* en todo lo que tiene que ver con el desarrollo productivo y social del país, y esto porque necesita privilegiar a como dé lugar las entradas y salidas 'especulativas' del poderoso capital financiero internacional. Pues, como se dijo, sin la presencia de ese capital, no hay globalización posible. Ni permanencia en el Gobierno. La corrupción real radica precisamente en esta mentira, tanto más, cuanto que la misma permite privatizar, en la penumbra ciudadana, buena parte de los fondos que son de todos los chilenos, a título de servicios y colaboraciones –de muy bajo rendimiento neto en lo social y lo productivo– para la buena y feliz globalización de su destino.

## EL DOBLE TRASFONDO SOCIAL

De acuerdo al indicador "distribución del ingreso", la situación del país señala los siguientes datos: si en 1990 el 10 % más pobre del país recibía sólo el 1.4 % del ingreso nacional, a fines del 2003 su tajada había bajado a 1.2 %, mientras el 10 % más rico, recibiendo siempre el 42 % del ingreso nacional, recibía 34.33 veces más que el promedio de los más pobres (en 1990 recibía 30.14 veces más). Chile tiene una distribución desigual del ingreso más alta que China, Ecuador, India, Malasia, Perú, Sudáfrica, Venezuela

y otros, siendo superado sólo por Brasil. Esta distribución es peor ahora que en 1981, durante la dictadura<sup>29</sup>. Nunca antes, durante el siglo XX, se había dado en Chile una distribución *tan desigual* del ingreso. Su único parangón es la distribución que rigió en el siglo XIX (o sea, durante la segunda globalización), que era y fue un escándalo mundial.

En gran parte, ese resultado se debe a que la política laboral recomendada por los grandes empresarios y los expertos en competitividad: la llamada “flexibilidad del empleo” (según la cual los contratos laborales deben regirse sólo por la ley de oferta y demanda, sin sujeción a ninguna regulación que proteja el trabajo frente al capital) no es otra cosa que flexibilidad de enganche y despido para los patrones e *inflexibilidad y precariedad laboral* para los trabajadores. Era y es la lógica de empleo instaurada a través del Plan Laboral impuesto por la dictadura y mantenida en sus cláusulas fundamentales por la Concertación. Según esa lógica, ningún contrato de trabajo debiera ser permanente y todo trabajador puede, según interés de la empresa, ser prescindible. Lo que se busca es que en las empresas *no* se formen contingentes numerosos de trabajadores *ni* que éstos permanezcan en ella tanto tiempo como para que terminen formando sindicatos poderosos. Esto se traduce en la proliferación de contratos temporales, en la prescindencia inminente de todo trabajador, en incentivos para la competencia laboral dentro de la faena y en la reducción al mínimo (o rotación al máximo) del personal contratado. Por esto, el Plan Laboral de la dictadura se ha convertido en el *tercer vértice* del ‘pacto social’ del neoliberalismo y los patrones, atrincherados firmemente en él, resisten (con éxito) todo intento por modificarlo... Y en este contexto, si la empresa necesita de una cirugía mayor (re-ingeniería) para disminuir costos y aumentar su productividad, el método elegido no es capacitar por sí misma a los trabajadores comprometiéndolos en una carrera profesional ‘en’ la empresa, sino externalizando (*outsourcing*) las secciones de alto costo y gran concentración de personal, para convertirlas en micro-empresas (“de trabajadores”), a las que luego expolian vía relaciones *comerciales* (no vía salarial directa), en calidad de proveedores externos de la vieja casa matriz<sup>30</sup>.

La antigua explotación del trabajo (una expresión caída hoy en desuso) reaparece así, microscópica, al interior de las pequeñas y micro empresas, ya no como explotación de un gran patrón sobre una masa de asalariados, sino como *auto-explotación* individual o grupal, de micro-empresarios sobre sí mismos, o ‘de’ éstos sobre operarios sin contrato; o como tendencia subjetiva de los trabajadores por cuenta propia a trabajar largas horas de sobre-tiempo para superar los déficit de competitividad, o como rivalidad implacable entre temporeros para superar los rendimientos en jornal. Es la vieja plusvalía absoluta, hecha infinitesimal pero acrecida bajo otro ropaje y otro nombre. ¿Y qué ha ofrecido la Concertación ante ella? Mayor flexibilidad laboral o subvencionadas propuestas de capacitación... artesanal o computacional. Lo que no ha cambiado nada en 15 años. Pues, por ejemplo, el tipo de empleo que más crece no es el asalariado, sino el “*autoempleo*” (copa el 71 % de los nuevos empleos)<sup>31</sup>. Mientras que 93 % de los nuevos “contratados” (con empleo asalariado) dura menos de un año en su nuevo puesto y, el 50 %, *menos de cuatro meses*<sup>32</sup>. Y entre los vendedores callejeros, 53 % corresponde a mujeres –jefas de hogar– que

---

<sup>29</sup> H. Fazio: *Mapa de la extrema riqueza al año 2005* (Santiago, 2005. LOM), pp. 47-55.

<sup>30</sup> Salazar, G.: “Fondo público y trasfondo histórico de la capacitación e innovación tecnológica en Chile. La perspectiva de los actores, 1976-1997”, en *Proposiciones* N° 32 (Santiago, 2001. CEPAL-Ediciones SUR).

<sup>31</sup> Ver “Mercado laboral: los ‘cuenta propia’ son mayoría en nuevo empleo”, en *El Mercurio* 28/11/2003, B6.

<sup>32</sup> D. García Sch.: “La mitad de los nuevos contratos duró 4 meses”, *ibidem*, 5/08/2004, B1, y “Empleo: gran rotación afecta al mercado laboral”, *ibidem*, 18/08/2004, B5.



trabajan en el “comercio pirata”<sup>33</sup>. Por su parte, más del 20 % de los trabajadores asalariados *no tiene contrato*<sup>34</sup>. Y los que tienen, se enfrentan al problema de que sus patrones no les depositan en las AFP, FONASA e INP las cotizaciones que les descuentan, lo que suma una deuda acumulada de más de \$ US 1.100 millones, en el año 2005, con un aumento de 30 % anual<sup>35</sup>. No es extraño, por tanto, que mientras las empresas aumentan su cuota de ganancia a razón de un 30 % anual, ‘su’ crecimiento no se refleja en una disminución de la tasa de desempleo, que se mantiene ‘pegada’ en torno al 8.5 %, ni un aumento en la tasa de salarios, que tiende a rezagarse. Se trata de un “*crecimiento sin creación de empleos*”<sup>36</sup>.

La situación laboral muestra un cuadro de realismo propio de la era *pre-industrial*, tipo 1730, pues ni siquiera corresponde al tiempo del Primer Centenario. Observándolo, se hace evidente que la gran política de “flexibilidad laboral” no ha sido otra cosa que un subterfugio discursivo para embutir políticamente los mecanismos más burdos de la plusvalía absoluta en el archipiélago de empresas PYME, de donde no podrán ser fácilmente extraídos, dado que el Plan Laboral (tercer vértice del “pacto social” neoliberal) está pensado ‘precisamente’ para que eso *no* ocurra, pues, si ocurriera, los trabajadores *podrían* asociarse entre sí y emerger de ese oscuro archipiélago liliputense convertidos en un peligroso Gulliver sindical o político.

De este modo, el balance *laboral* (Trasfondo Social I) muestra varios hechos relevantes: 1) predominio de contratos laborales de tipo *precarista* (temporales, sin previsión y/o sin contrato); 2) altas tasas de plusvalía absoluta *encubiertas* bajo la “flexibilidad”; 3) mayor aumento del *autoempleo* que del empleo con contrato salarial; 4) ausencia de grandes movimiento huelguísticos y 5) baja capacitación ‘profesional’ de la gran masa laboral. Estos hechos testimonian precisamente la baja capacidad competitiva de la masa trabajadora chilena y, al mismo tiempo, explican la escandalosa desigualdad en la distribución del ingreso.

El balance laboral (Trasfondo Social I) se conecta orgánicamente con el balance de los indicadores de *desarrollo humano* (Trasfondo Social II). En este plano, los indicadores no son distintos a los que se registraron antes en los otros gobiernos de la Concertación: “malestar intersubjetivo” entre todos los chilenos, disminución de la pobreza Tipo A (basada en bienes materiales), pero con aumento notorio de la pobreza Tipo B (basada en indicadores de dignidad ciudadana)<sup>37</sup>. Este último tipo de pobreza se expresa en: inseguridad laboral, incertidumbre de futuro, deterioro de la salud neurológica y mental, caída de los índices de nupcialidad, aumento desorbitado de los niños nacidos fuera del matrimonio (“huachos”), marginalidad política, pérdida de las identidades colectivas, aumento de la jefaturas de hogar femeninas, incremento de la violencia doméstica y la delincuencia general, opción por los medios

---

<sup>33</sup> Jarur, P.: “Venta ilegal: el negocio tras el comercio ilícito”, *ibidem*, 26/04/2005, B5.

<sup>34</sup> Castañeda, L.: “Más del 20 % no tiene contrato”, *ibidem*, 28/12/2004, B6.

<sup>35</sup> García, D.: “Seguridad social: deuda provisional no cede y aumenta 30 % en 2004. Las cotizaciones no pagadas por los patrones...”, *ibidem*, 29/03/2005, B1.

<sup>36</sup> Zúñiga, C.: “Mercado laboral: Sectores muestran caída del empleo, pese a mayor producción”, *ibidem*, 20/09/2004, B1 y B7; Castañeda, L.: “Encuesta de SOFOFA: industria vive desaceleración en el reajuste de sus salarios”, *ibidem*, 11/08/2005, B2 y Castañeda, L. & Zúñiga, C.: “Mercado laboral: el empleo sigue rezagado frente al mayor crecimiento económico”, *ibidem*, 1/12/2004, B2.

<sup>37</sup> Sobre los indicadores del “malestar subjetivo” que afecta transversalmente a la mayoría de los chilenos, ver el *Informe de desarrollo humano* (Santiago, 1998. PNUD), *pássim*. Sobre la disminución relativa de la pobreza material: Ramos, J.: “Nuestro bienestar: ¿más o menos? ¿O de menos a más?”, en Aguilera, M. (Ed.): *Chile hoy: ¿acercándonos al umbral del desarrollo?* (Santiago, 2003. Comisión Bicentenario), pp. 33-60. También de Castells, M.: *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial* (Santiago, 2005. FCE), pp. 66-67.

informales e incluso ilegales de subsistencia (tráfico de mercado negro), paralización de los índices de desarrollo educacional, etc.<sup>38</sup>.

La disminución de la pobreza Tipo A ha sido profusamente anunciada por los voceros públicos del Estado (se habría producido una disminución del 50 % con respecto al gobierno militar), pero esta reducción, medida sobre variables materiales (número de bienes de consumo por familia) e indicadores simbólicos de modernidad, no compensa sino más bien complica el aumento paralelo de la *pobreza de identidad y ciudadanía* del Tipo B (entendiendo aquí el complejo 'identidad+ciudadanía' no como una variable más del factor competitividad, sino, más esencialmente, como la variable histórica de la *soberanía*)<sup>39</sup>. El país como un todo y en términos de imagen internacional tiene, sin duda, un perfil de alta competitividad, pero cada chileno medio y, sobre todo, el que habita la 'baja sociedad civil', no está en condición de competir a escala global, ni quiere hacerlo, ni por sí mismo, ni por el país. Su actitud histórica media ("no estar ni ahí") es, podría decirse, pre-moderna, o retrógrada, o marginal, la que se explica porque de hecho no se le integra *laboralmente* al modelo, pero sí mercantilmente a través del *consumo*. De aquí resulta una especie de nueva barbarie, que exhibe su marginalidad *premunida* con elementos modernos de consumo y expresión<sup>40</sup>. Por esto, dada esta hibridación, cabe aquí una doble lectura: la 'neoliberal' (tipo bicentenario), que lee a los chilenos con tarjetas de crédito y comprando en los *malls*, y la 'histórico-experiencial', que los lee por dentro, como ciudadanos con empleo precario y "malestar interior".

La interpretación política de ese doble trasfondo ha sido y es que el más bajo fondo (la pobreza Tipo B) no es sino un residuo cultural del pasado, que irá desapareciendo poco a poco a medida que ceda y se disuelva el fondo superficial (pobreza Tipo A). Y esta, a su vez, desaparecerá a medida que el país potencie aun más sus factores políticos y no políticos de competitividad, rebaje aun más su índice de "riesgo país" y aumente al máximo la salvífica inyección de capital extranjero. Tal interpretación –dominante en las esferas oficiales– equivale a una declaración de fe en el 'milagro' del *chorreo a tres gradas*, donde el chorro central, por cierto, es el que salta desde la gran política de globalización. En este esquema, el salto del chorro hacia la grada A es, con todo, una salpicadura puntual, pues, como política, trabaja allí 'por bolsones' (adopta la forma de *local programmes of development*, no la de *national strategic policies*). La salpicadura que llega a la grada B, como es natural, adopta la forma de políticas 'residuales', o sea, la de los *small projects*.

Las políticas contra la pobreza Tipo A han sido –como se dijo–, de un lado, las de "desarrollo local", que han consistido, sobre todo, en mejorar la infraestructura urbana de la pobreza, facilitar el aterrizaje de las cadenas del capital comercial-financiero internacional en las ciudades regionales (con la irrupción de grandes *malls* y *shopping centres*) y en privilegiar por todas partes la doble carretera del automóvil. La política de descentralización 'administrativa' (no política) del Estado ha servido para adaptar cada ciudad, pueblo o localidad a las exigencias urbanísticas de la globalización. Adaptación cosmética que no sólo ha generado una confusa hibridación cultural, sino también un incremento de las tasas de desempleo local con aumento de las masas y las actividades *marginales*<sup>41</sup>.

<sup>38</sup> Datos estadísticos sobre estas variables en: Méndez, R.: "El consumidor del siglo XXI" (Santiago, 2003).

<sup>39</sup> Sobre el concepto de 'pobreza ciudadana', Salazar, G.: *Los pobres, los intelectuales y el poder...* op.cit.

<sup>40</sup> Zarzuri, R. & Ganter, R.: *Culturas juveniles, narrativas minoritarias y estéticas del descontento* (Santiago, 2002. UCRSH), *pássim*.

<sup>41</sup> Ver de Bernardo Castro: *Desarrollo local endógeno desde la participación ciudadana* (Concepción, 2000. Universidad de Concepción); también de Salazar, G.: *Estrategia globalizadora versus desarrollo regional y local en Chile contemporáneo* (Arica, 2001. Universidad de Tarapacá).

De otro lado, se han diseñado también políticas ‘reductivas’ de la pobreza en salud y educación, que son de tipo general y que *no* apuntan a sustituir la elevada ganancia mercantil de los que proveen privadamente servicios educativos y de salud, ni tampoco a cambiar los equilibrios presupuestarios (auto-financiamiento) que se exige a los que los proveen municipalmente, sino, sólo, a *subvencionar* ambos servicios para mantener incólumes los principios financieros generales de su competitividad. Tal es el sentido, de un lado, del célebre aunque poco comprendido (aunque ya copado) Plan Auge y, de otro, la no menos célebre, pero criticada, Ley del Crédito Universitario. Ninguna de estas políticas tiende a des-mercantilizar la salud y la educación, que siguen siendo no cualidades adquiridas e inherentes a la persona y al ciudadano corriente, sino, burdamente, *bienes de mercado* de costosa y desigual adquisición. En ambos casos las políticas públicas apuntan a abaratar los costos al consumidor de menos recursos, con cargo a fondos estatales, pero no a disminuir la ganancia neta de las compañías y bancos (con fuerte presencia extranjera) que operan en ‘esos’ mercados (de la salud y la educación). En rigor, más que una inversión neta en salud social, es un generoso depósito fiscal en la cuenta corriente de las compañías privadas<sup>42</sup>.

Respecto a la pobreza Tipo B (sobre la cual no existen fichas CAS o encuestas CASEN formalizadas para medirla) se han diseñado sólo políticas focales dirigidas sobre los llamados bolsones de pobreza que todavía ‘restan’ en el país. Se trata de políticas de paliativo, minimalistas y de carácter más bien reeducativo. Se multiplican los programas de “participación” en desarrollo local, en talleres de autoestima para las mujeres y emprendimiento para los varones, en el mejoramiento urbanístico de los “barrios”, en “encuentros” para la rehabilitación de la juventud drogadicta o delictiva, en acciones “puente” para sacar a algunas familias seleccionadas de su situación de indigencia, en la creación de 50.000 o más empleos temporales para reducir las tasas de desempleo, en talleres de memoria e identidad locales, etc. La imaginación de las agencias estatales y municipales para inventar y montar talleres, encuentros, programas e incluso cabildos abiertos para que, en virtud de su repetición y su variabilidad infinita surja en la masa popular la ilusión de que están *participando* en la efectiva superación de su pobreza Tipo A y Tipo B es, sencillamente, notable. La política social para la pobreza Tipo B es una lluvia caleidoscópica de instancias minúsculas de participación ciudadana. Donde ninguna tiene real *rango político*. Se quiere combatir la pobreza identitaria y ciudadana con un bombardeo ‘cultural’ de juegos participativos<sup>43</sup>. Y son juegos, dado que no existe ninguna ley de participación política para *toda* la ciudadanía (sólo se invita a los pobres) ni tampoco la intención de convocar a la masa ciudadana a ejercer de hecho sus poderes soberanos en la elaboración de una nueva y legítima Constitución Política del Estado<sup>44</sup>. Se sabe que sólo esto último pondría en juego un verdadero enriquecimiento ciudadano.

---

<sup>42</sup> Sobre el financiamiento de la educación en Chile: OCDE (Ed.): *Revisión de políticas educacionales de educación: Chile* (París, 2004), sobre todo capítulos 4 a 7, pp. 177-288.

<sup>43</sup> Salazar, G.: “De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable”, en *Proposiciones* N° 28 (Santiago, 1998. Ediciones SUR, pp. 156-183), y “Descentralización y sinergia histórica local. Fracaso y perspectivas”, en Silva, O. (Ed.): *Bases históricas del desarrollo local* (Santiago, 1996. U. de Chile), pp. 13-26. También Ossandón, M. (Ed.): *Hoy es mi tiempo. Una ventana a la esperanza* (Santiago, 2002. FOSIS).

<sup>44</sup> Existe un proyecto de ley sobre participación ciudadana que lleva años encapetado en el Congreso. Ver de Santa María, P.: *Participar en nuestra ley* (Santiago, 2003. Ministerio Secretaría General de Gobierno), pássim.

## EL INFATIGABLE TOPO DE LA HISTORIA

La transición de la dictadura neoliberal a la democracia neoliberal fue el parto (¿post-moderno?) en que resurgió en Chile el perfil clonado de la antigua “fusión liberal-conservadora”. Ese “peso de la noche” donde todos los administradores son pardos. O ese día donde, para todos los buscadores noctámbulos, sonríe el sol<sup>45</sup>.

Como cabe recordar, frente al bastión dictatorial se erigieron no sólo esos políticos e intelectuales con fe negociadora y vocación administradora, que comprendieron de inmediato que se abría para ellos una oportunidad histórica excepcional: ser los visires sucesores del gran sultán. O los ángeles anunciadores de la ‘primera’ globalización. Pues, *también*, frente a ese bastión, se levantaron grandes masas de hombres y mujeres oscuros, casi todos anónimos, que combatieron sin transacciones, que perdieron sus parientes, sus trabajos, su integridad física, su identidad colectiva e, incluso, sus vidas. Hombres y mujeres de diversa prosapia que supieron, pese a su exclusión, su desempleo, su clandestinidad, subordinación y a su gran número, construir una ancha y desafiante *concertación social*. Que decidieron y aprendieron a *participar* por sí mismos en el proceso histórico a través del cual soñaban con reemplazar la dictadura por una sociedad justa y realmente igualitaria. Ese dramático proceso histórico que empujaron a pulso, por ellos mismos, a lo largo del cual supieron ser ciudadanos en ejercicio de legítima soberanía<sup>46</sup>.

Hay un hecho histórico que hoy es evidente: la masa ciudadana *no* está en la calle para marchar en pro o en contra del Gobierno de turno. No hay medio millón o un millón completo de chilenos en la Alameda de Santiago avivando a algún líder político o esgrimiendo los estandartes de los grandes sindicatos o los partidos populistas. Nadie se movilizó en apoyo a los gobernantes (como en 1965 o 1972) ni a favor de una reforma estructural. El hecho histórico es evidente: las masas populares han desaparecido de las calles. Tanto así, que no pocos intelectuales de pasado socialista y presente neoliberal han proclamado con cierta alegría secreta el fin de los ‘movimientos sociales’. Y denuncian con júbilo: ‘las masas están ahora comprando en los *malls* y en los grandes supermercados, haciendo debido uso de sus tarjetas de crédito y de sus respectivos celulares’.

Sin duda, no se puede negar: los *malls* son más atractivos hoy que la vieja y adusta Plaza de la Constitución y no trae mucho beneficio neto (salvo el simbólico) luchar en las grandes alamedas con una policía capacitada e hiper-reforzada<sup>47</sup>. Sin embargo, ante los cambios ocurridos, no tiene sentido, ni histórico ni teórico, seguir definiendo la ciudadanía por su presencia o no presencia en los grandes espacios físicos de la ciudad. Es preciso asumir que el tiempo de ‘las masas’ ya periclitó. Pertenece al pasado. Y lo que se constata de hecho es que los pobres se han replegado a sus poblaciones de barrio bajo y los ricos a sus condominios de barrio alto. La política perdió su encanto territorial (ni la plaza Constitución ni la Moneda configuran hoy el norte magnético de las movilizaciones populares) y si los *malls* atraen la muchedumbre con tarjetas de crédito, las poblaciones populares han atrapado para sí la muchedumbre de *identidades sociales y culturales de generación espontánea* (pre-condición de una nueva identidad ciudadana). La ciudadanía popular ya no es una ciudadanía de ‘masas’ y de volumen ‘físico’ en los espacios céntricos de la ciudad. Ni es, con probabilidad, una pura ciudadanía de *shopping center* o de *tele-politics* como proclaman algunos. Pues, todo indica que sus dimensiones espaciales

<sup>45</sup> Salazar, G.: “Construcción de estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”, *Proposiciones* N° 24 (Santiago, 1994. Ediciones SUR), pp. 92-110.

<sup>46</sup> Salazar, G.: *Violencia política popular en las ‘grandes alamedas’* (Santiago, 1990. Ed. SUR).

<sup>47</sup> Méndez, R.: “Cómo son los nuevos chilenos”, en *Revista del Sábado (El Mercurio)*, N° 347, 14/05/2005, pp. 22-25.



han sido reemplazadas por una profundizada dimensión subjetiva (vigencia de la memoria social) y otra extendida dimensión inter-subjetiva (redes de reagrupamiento, de cultura social transversal, de introversión tribal, etc.). No cabe, por tanto, buscarla como pelotones organizados en las plazas o en las anchas alamedas, sino *dentro de sí misma*, en condición de tránsito hacia una autonomía relativa frente al Estado y a las políticas de Estado<sup>48</sup>. Pues, lo cierto es que se ha producido una ‘separación’ –y no sólo territorial– entre el Estado y el bajo pueblo.

Claramente, la baja sociedad civil chilena ha tomado un rumbo histórico que *diverge* del porfiado rumbo anti-populista y globalizante marcado por las elites dirigentes. Y no puede ser de otro modo, pues ¿qué rumbo pueden tomar los jóvenes que son hijos de trabajadores precaristas, de padres separados, de madres solteras, que no encuentran en su camino la consolidación de ‘valores sociales’ sino la venta de ‘bienes de mercado’? ¿Que ven cómo el grueso de las inversiones no se realizan en las escuelas, colegios y universidades, sino en super-carreteras, super-mercados, torres residenciales, parcelas de agrado y elegantes condominios, mientras se construyen, con grandes ganancias para los empresarios, casas COPEVA para los pobres? ¿Jóvenes que no pueden comprar libros porque deben pagar un impuesto de 19 %? ¿Que observan cómo se prefiere evaluar y controlar a los profesores en lugar de capacitarlos y dignificarlos? ¿Que no se les educa para construir una sociedad más justa sino para competir en un mercado mundial y, de ser necesario, ‘morir en el intento’?

¿Qué esperan? ¿Que los jóvenes y las nuevas generaciones de la baja sociedad civil vegeten esperando “una oportunidad” (que no va a llegarles) y que, mientras tanto, aplaudan el Estado de Derecho, se jueguen por la Gobernabilidad, se sumen a la ética ‘legal’ del sistema y se inscriban en los registros electorales para votar por un político profesional cualquiera que tiene un miserable 5 % de prestigio promedio?

Para los miembros de la baja sociedad civil chilena (esa ‘clase social’ definida por su trabajo precarista) es claro que son ellos, y principalmente ellos, los que tienen que construir sus identidades sociales e históricas, dentro, o fuera, o sobre el filo del Estado de Derecho. Es una lucha subjetiva y cultural autónoma que puede llegar a configurar un segundo ‘mercado’, un *mercado negro* social, político, auto-educativo y trans-histórico que está demostrando tener más sentido humanista que el “ancho y ajeno” mercado globalizado. La baja sociedad civil chilena está sumida en una transición histórica y ciudadana invisible, que es mucho más atractiva socialmente que la transición política que todos los políticos profesionales acostumbran, cada cierto tiempo, dar por exitosamente concluida<sup>49</sup>. Y es esa misma transición invisible que hace de la *cultura social de la calle*, algo más fascinante para los adolescentes y los jóvenes que la monótona *cultura del aula*, se vuelque hoy hacia la competitividad computacional<sup>50</sup>. Y es la misma que hace crecer el tráfico semi-clandestino de todo (o “comercio pirata”): de libros, de CDs, de droga, de films, de servicios eróticos, de micro-producción y micro-comercio (incluso dentro de las universidades, para “financiar” los estudios).

La revolución neoliberal y globalizadora ha tendido a fragmentar, desde 1982, todas las estructuras e identidades colectivas. Ha *pulverizado* ideologías, partidos políticos, sindicatos, grandes industrias, teorías, lenguajes, estados nacionales, identidades hemisféricas, planificaciones centrales, etc.;

---

<sup>48</sup> Salazar, G.: *La sociedad civil popular del sur y poniente de Rancagua* (Santiago, 2000. Ed. SUR).

<sup>49</sup> Salazar, G.: “Tendencias transliberales del movimiento ciudadano en Chile, 1973-1996”, en *Sociedad Hoy* 1:1 (Concepción, 1998. Departamento de Sociología), pp. 225-250.

<sup>50</sup> Zarzuri, R. & Ganter, R.: *Culturas juveniles...*, op.cit., passim.

en suma, todo lo que podría convertirse eventualmente en un gran actor socio-político. Sólo dejó intactos –y por lo mismo en condición de privilegio– los grandes flujos de capital financiero y sus correspondientes circuitos de información táctica. El dominio del sistema global quedó, así, instalado en el *movimiento organizado* del gran capital mundial.

¿Ha sido suficiente este “nuevo orden mundial” para subordinar y controlar la enorme galaxia de partículas pulverizadas que quedó flotando en la base del sistema neoliberal? ¿Basta el éxito de los gobiernos adscritos a ese nuevo orden –caso del gobierno de Ricardo Lagos– para neutralizar los inéditos movimientos autónomos que están en ebullición dentro de esa enorme galaxia?

Las partículas flotantes (jóvenes, principalmente) han comprendido bien que, en su estado actual de fragmentación –situación históricamente inédita–, o desarrollan entre ellas mismas *procesos auto-educativos* que los capaciten para enfilarse hacia un camino histórico propio, original e inédito, o se verán pronto reducidas, como personas, a la condición de ‘otro’ bien de mercado, adaptable y moldeable según demanda y oferta. Es decir, o construyen a pulso una identidad nueva que conserve la dosis de humanidad y autonomía que corresponde a su calidad de ‘persona’, o se verán convertidos en ‘cosas’, de las cuales el único modo de salir con una sensación de felicidad será el éxtasis escapista de la droga. El primer camino tiene un reconocible carácter ‘revolucionario’ (es un nuevo sendero para llegar, dando un rodeo cultural, a una sociedad más humana). El segundo es un círculo vicioso que obliga al sistema dominante a proponer programas “puente”, de rehabilitación, que no van a resolver el problema de fondo (la permanencia del modelo neoliberal), pero sí a *legitimar* discursiva y gestualmente los gobiernos de transacción que hoy nos rigen<sup>51</sup>.

Mirando en perspectiva histórica, se ha demostrado no tener sensibilidad ni percepción conciente de este movimiento social profundo, ni noción de que la transición “por abajo” de la masa ciudadana popular está lejos de concluir o de cerrar, pues está recién en sus etapas iniciales. Ignoró de hecho que la Concertación Social “que vos matásteis, goza de buena salud”, no de salud estrictamente ‘política’, sino irreversiblemente *histórica*. La situación actual es, en este sentido, comparable a la de Pedro Montt hacia 1910, durante la segunda globalización: se prepara un nuevo centenario, los parámetros macro-económicos están todos en azul, los partidos políticos son a la vez liberales y conservadores, se invierten grandes sumas en cosmética urbana, el capital extranjero lidera en todos los ámbitos económicos y no económicos, la distribución del ingreso lanza a los ricos hacia el orbe y a los pobres al encierro de su identidad marginal, la precariedad del empleo aumenta la plusvalía absoluta y engancha a más mujeres y niños que a proveedores masculinos, el alcohol y la droga hacen presa entre los que no pueden globalizarse en positivo sino en negativo, los asaltos y robos aumentan en proporción geométrica y los jóvenes de todo tipo empiezan a asociarse en esos términos que siempre a los políticos les ha parecido “anarquistas”. Resultado histórico de la situación en 1910: un movimiento social crecientemente autónomo (mancomunal y sociocrático) que comenzó a producir frecuentes y crecientes estallidos anti-oligárquicos, anti-liberales y anti-capitalistas, que hicieron historia en 1918, 1920, 1925, 1932, 1939... etc.

¿Resultado histórico de la situación actual, o hacia el 2010?

Es un problema que sólo pueden resolver los jóvenes de hoy, de ayer y sus aliados de siempre. Y la propia auto-educación ciudadana de los ‘topos’ que circulan bajo la piel.

---

<sup>51</sup> Álvarez, E. (Ed.): *Movilizando sueños. Encuentro Nacional de Educación Popular* (Santiago, 2005. ECO, PIIIE, Canelo de Nos, Caleta Sur, Vicaría de Pastoral Social).